

## JUVENTUD

Corría el año 1956. La entrada en esta fábrica, que tendría unos 60 trabajadores, significa lo que podríamos llamar la integración plena en el mundo laboral. Los tres empleos que había tenido no pasaban de aperitivos que no me habían permitido captar la verdadera naturaleza de las relaciones entre trabajador y empresario en el mundo capitalista.

Entraba, como se puede deducir de lo relatado hasta aquí, con unos condicionamientos mentales que podemos llamar atípicos, si los relacionamos con los que entran en ese mundo los jóvenes de familias obreras que habían tenido una infancia “normal”, es decir después de salir de la escuela, quizás tras un curso de capacitación profesional y en general, poco dados a la lectura, al menos con la intensidad que yo le había dedicado. Puede decirse que yo tenía en mente para juzgar a los seres humanos, más bien personajes literarios que de carne y hueso. Recordemos que los personajes literarios de los autores consagrados tienen una

personalidad definida y una coherencia entre palabras y hechos mucho mayor que los que poblamos el mundo real. Claro que estas reflexiones son muy posteriores, pero me ayudan a entender mis reacciones de entonces ante situaciones nuevas para mí, así como las consecuencias en mi proceso de formación posterior. Quizás ayude a entender esto mejor si tomamos en cuenta que en aquellos tiempos una gran parte de los jóvenes que se iniciaban en el mundo del trabajo, lo hacían de la mano de su padre, que intentaba que siguieran su profesión entrando como aprendices en su misma empresa. La autoridad del empresario no era para ellos otra cosa que la continuidad de la autoridad de su padre.

El taller mecánico, con tres tornos, dos fresadoras y los bancos de trabajo de los montadores, estaba en la planta baja, y al fondo del taller habían construido un altillo para el taller eléctrico. Solo había un electricista y me contrataron porque no daba abasto para todo el trabajo que había. Mi trabajo consistía en montar los cuadros eléctricos para las bombas que suministraba la empresa a los agricultores. Había

dos tipos, las que se colocan en un hueco dentro del pozo, a una altura que no llega el agua, y las sumergibles, que son para pozos artesianos, muy estrechos, profundos y de grande caudal, en las que bomba y motor forman un bloque que va dentro del agua. Como una vez instaladas cuesta mucho sacarlas, el cuadro de mandos requiere voltímetro y amperímetro para saber en todo momento si el consumo y la alimentación son correctas. En aquella época eran cuadros de pizarra, con los aparatos (interruptor, guardamotor, voltímetro y amperímetro) en la frente y el cableado por detrás. Las bombas eran de Siemens, construidas con licencia. Como es de suponer, se fabricaban más de las que se declaraban a Siemens y me enteré porque en ocasión de una visita de inspección de los alemanes nos mandaron ocultar en el sótano buena parte de las bombas que se encontraban en el taller.

Además de trabajar en el taller, al cabo de un año o poco más, empezaron a mandarme a salir a montar las bombas u otro tipo de reparaciones, junto con un mecánico o solo, según el caso. Fui a varios pueblos de la provincia de Madrid, de

Ciudad Real, e incluso una vez fui hasta Pamplona, a instalar un cercado eléctrico para ganado. Esto porque a mi compañero no le gustaba viajar y no le importaba que un novato lo hiciese. Era un poco raro y le llamaban, a sus espaldas “el pájaro”, por su fisonomía que recordaba la de un pájaro. Nadie entendía que no quisiese salir de montaje porque todos lo deseaban, dado que se cobraban dietas y casi todos apuntaban en el parte de trabajo horas extraordinarias que no hacían. (Era famoso el caso de uno que entre viaje y trabajo puso un día con 25 horas) Yo nunca tuve queja de él. Nos llevábamos muy bien y se prestó desde el principio a enseñarme lo que yo no sabía. Con el tiempo descubrí porqué le tenían inquina. Es que los mecánicos intentaban que les enseñase a instalar la parte eléctrica, con lo que podían ir solos y ahorrarle a la empresa el envío de un electricista. El se negaba y por eso lo hacían extensivo y me decían que no me enseñaría nada.

De los demás compañeros, el único con el que tuve trato más intenso era uno ya mayor, algo excéntrico, que no usaba el mono de trabajo, sino un traje viejo y raído. En sus horas libres tenía otra ocupación que consistía en llevar el

mantenimiento de los extractores de humo de una cadena de restaurantes que se llamaba “La ostrería”. Varias veces me convidó a ir con él para ayudarlo y conocer el ambiente. Era el único que tocaba la cuestión social, pero a su manera. Recuerdo que me decía así: “La sociedad es una cadena de ladrones, cada uno roba al que tiene debajo. Y como nosotros los obreros somos el último eslabón y tenemos que soportar el peso de todos”. En una ocasión me llevó a la inauguración de un nuevo local de “La ostrería” Le habían pedido que estuviese allí por si sucedía algún percance en las instalaciones de la cocina. Él podía hacer pequeñas reparaciones eléctricas pero no las tenía todas consigo y por eso me pidió que le acompañara.

Esto me dio la oportunidad de vivir otra interesante experiencia: “La Ostrería” es un restaurante caro, con clientela “selecta”. A la inauguración habían invitado a sus tradicionales clientes y el local estaba cerrado al público. En esta ocasión estaba atestado de gente bien vestida, que se apiñaba en la barra y en las mesas que había. Como era “barra libre” desaparecieron las formas. Se hablaba muy poco y se bebía y

comía mucho. Como yo iba y venía a la cocina, en un momento dado oí como le decía el maitre a dos de los camareros: “Ir espaciando los suministros a la barra que van a acabar con todo. ¿Veis aquellos que están al fondo de la barra? Ya se han comido dos cajas de langostinos. No llevéis ni una más ” Esto me llevó a prestar más atención al espectáculo. Era inimaginable, aquellos señores y señoras que, cuando están pagando juegan con la bebida en la mano, cogen de vez en cuando una gamba con dos deditos y charlan, resulta que cuando es gratis pierden toda compostura y se comportan como si no hubiesen comido en muchos días. No tardó en aparecer la embriaguez de algunos y con ella la euforia y la consecuente excitación sexual. Yo me fui antes, pero mi compañero, que se quedó hasta bien entrada la madrugada, me contó que aquello acabó poco menos que en una bacanal.

Otras experiencias interesantes la tuve en mis salidas a montar o reparar bombas. Esto me permitió tomar contacto con el mundo rural y, mas específicamente, con el de las relaciones entre los dueños o capataces de fincas y los trabajadores a su servicio. Lo primero que me

asombró es la utilización de la palabra “amo” para dirigirse al dueño o capataz o para citarle cuando no estaba presente. Esto era general y lo viví en todas las fincas en las que estuve.

Un par de episodios para ilustrar. Fui a reparar un grupo electrógeno en un pueblo (de cuyo nombre no puedo acordarme) de la provincia de Madrid. Me llevó el propietario en su coche, y al vernos llegar salieron varios trabajadores haciendo poco menos que reverencias. Cuando terminé el trabajo, con las manos grasientas fui a lavármelas. No había empezado cuando apareció uno de los empleados y me dijo: “El amo está esperando en el coche para salir”. “Bueno, le dije, que espere, que tengo que lavarme.” “Pero - me respondió nervioso - es que al amo no le gusta esperar”. Ya ni le contesté, me acabé de lavar sin prisas, me sequé y salí.

En otra ocasión, en parecidas circunstancias, tenía que comprobar una bomba que se encontraba en el interior del pozo, a unos treinta metros del brocal. Cuando me cercioré de que el problema estaba en la misma bomba, le dije que tenía que bajar a verla. Llamó a uno de los

empleados y le dijo que trajera “la cuerda” para bajar. Este aparece con una soga larga, en ciertas partes deshilachada, la echa un lazo a un árbol cercano y tira la otra punta dentro del pozo. “Ya está”, me dice. El pozo no tenía ni torno, ni esa especie de estribos que se fijan en las paredes del pozo. En suma, no había nada para sacarme del pozo en caso de que me escurriera o se rompiera la cuerda. Me negué a bajar y le pregunté si no tenían un torno para colocarlo en el brocal. No tenían y me dijo que era lo que usaban siempre. Ahí salió un espontáneo que se ofreció a bajar para desconectar la bomba y subirla con la cuerda. Naturalmente, le dejé bajar. Al día siguiente el dueño se presentó en la fábrica a protestar porque yo no había querido bajar al pozo. Me llamó el que en la oficina se encargaba de bregar con los clientes y me lo dijo. Le expliqué cuales eran las condiciones del pozo y me dijo: “Olvídale”. Y no hubo nada.

Una tercera, para no cansar. Esta vez fue en Almagro, de la provincia de Ciudad Real. Habían comprado en la empresa una instalación de riego por aspersión portátil. Es decir, el carro con la bomba y los tubos rígidos con enchufe rápido se

transportan a la zona que se quiere regar. Se coloca el carro en el lugar apropiado, se extienden y empalman los tubos y en la punta se colocan los regadores. La propietaria vivía en Madrid y solo visitaba la finca de Pascuas a Ramos. El capataz fue a recogerme a Almagro y me llevó en su coche a la finca, que era enorme. Desde el caserón donde vivía con su familia cubría todo lo que abarcaba la vista.

El primer sobresalto lo llevé al llegar a la zona residencial. En la puerta estaba un campesino y el capataz, sin bajarse del coche le insultó de mala manera porque al parecer no era allí donde debía estar. La primera impresión sobre la catadura del individuo se reforzó durante mi estancia allí, que se prolongó a lo largo de una semana, porque no había suficiente potencia eléctrica y la tensión caía bastante cuando se conectaba la bomba, por lo que no conseguíamos que diera el caudal requerido para regar. Tuve que pedir un nuevo motor, esperar su llegada, probar de nuevo, etc. Tuve tiempo para conversar largo y tendido con los trabajadores, sobre todo con los pastores, con los que me iba a charlar al atardecer, después de acabar la faena.

Los campesinos moraban dentro de la finca y había hasta una capilla para que no faltaran a la misa del domingo. Se desahogaron conmigo, y me contaron todo, no sólo del trato que recibían de él, sino también otras mañas del capataz, como la de no darles a los hijos de los trabajadores los regalos de Reyes que la dueña estipula para ellos, quedándose con el dinero, naturalmente. Al parecer invertía todo lo que “ganaba” en pisos en Madrid y ya contaba con tres.

Y una más del capataz: Era la temporada de la recogida de la aceituna y él había contratado una o dos cuadrillas para recogerla. Resulta que las cuadrillas, después de varear las aceitunas y hacer una primera y rápida recogida, le dan al día siguiente una repasada. Solo después de esta segunda vuelta les permite la Guardia Civil a los campesinos pobres entrar a la finca y recoger las pocas que hayan sobrado. Pero hay algunos que aprovechan la oscuridad de la noche y entran a coger aceitunas cuando aún no han dado los cuadrilleros esa segunda vuelta. Así es que mi buen capataz, a eso de las diez de la noche, cogía una escopeta de caza y salía a ver si atrapaba

alguno cogiendo aceitunas. Me daba grima ver su cara de satisfacción. Supuse que daría tiros al aire para espantarlos.

Volvemos a la fábrica. Los días transcurrían plácidamente. Todos llevaban muchos años en la empresa y componían como una familia. Mi peculiar formación y el hecho de que no tener contacto con ningún activista político o sindical<sup>1</sup> me privaba de los elementos de juicio necesarios para sentir la necesidad de aportar ideas y críticas a mis compañeros apoyándome en los hechos que sucedían fuera de las paredes de la fábrica, hechos que algunos de ellos conocían por la prensa o la radio. Mi vena crítica no se había desarrollado hasta el punto de convertirme en un agitador. Me limitaba a dar mi opinión cuando alguno sufría alguna tarascada del encargado o de algún ingeniero. Yo partía siempre de la necesidad

---

<sup>1</sup> Aparte de los compañeros de trabajo, solo tenía relaciones con un grupo de amigos del barrio, y me veía con ellos los domingos para ir al baile y algún otro día para tomar unas cañas o jugar al dominó, que era mi punto fuerte..

de mantener la propia dignidad. Predicaba en desierto.

Entre mis tareas me pusieron la de ir de vez en cuando a casa del dueño (un piso grande en la Carrera de San Bernardo) a hacer reparaciones eléctricas. Su mujer era hipocondríaca y se pasaba la vida en el médico. No debía tener buen carácter porque las criadas no le duraban nada. Cada vez que iba encontraba caras nuevas. Un día, estando en la cocina, apareció ella para decirles con malos modos: “¡Vosotras os coméis lo mejor y lleváis las sobras a nuestra mesa!” Me gustó la idea, y las aplaudí mentalmente. Un día su marido se enfadó con ella y la llamó por teléfono cuando yo estaba allí para decirle que yo tenía mucho trabajo en el taller y no podía perder el tiempo atendiendo a sus caprichos.

Por encima del encargado del taller estaban dos ingenieros, sobrinos del dueño. Eran muy diferentes en el trato con nosotros. Uno de ellos se sabía la vida de todos y recorría el taller saludando a la gente e “interesándose” por los problemas familiares que alguno pudiese tener. El

otro andaba serio, con cara de pocos amigos y a todo lo que llegaba era a saludar fríamente.

El primer tropiezo lo tuve cuando me pareció que ya pasaba demasiado tiempo con el mismo salario y categoría (había entrado como oficial de 3ª) pero estaba desempeñando mucho más trabajo que al principio. Puede decirse que mi compañero repartía por igual el trabajo entre el y yo, pero él tenía la categoría de oficial de 1ª. Me armé pues de valor y un buen día abordé al más accesible, al “simpático” y se lo expuse. “Creo -le dije- que en el tiempo que llevo ya estoy dando un rendimiento que no se corresponde con el salario que cobro. Me parece que me corresponde un aumento de categoría.”

Me miró de hito en hito y me espetó: “¿Para qué quieres ganar más? Tu madre trabaja y tu hermana también. Tenéis que andar desahogados. ¡Anda, anda, no me vengas con esas historias!” Y ahí acabó todo para él. Pero lo que más me irritó fue la actitud de mis compañeros cuando lo conté. No fue uno solo, sino varios los que me dijeron: “Es que tu no sabes entrarle, tenías que haberle contado alguna mentira para hacerle creer que en

tu casa no iba todo tan bien económicamente como él piensa. Una enfermedad o algo así.” Yo les respondí que de cara al empresario, el salario debe de estar en relación con el rendimiento y mi reclamación nada tiene que ver con mi vida privada. Dos lecciones recibí de este episodio: Una, que la campechanía del ingeniero no era sincera, sino un instrumento para zafarse de reclamaciones, y la otra, que la actitud de mis compañeros no era propia de un obrero, sino de un mendigo. Empecé así a ver las cosas de otra manera.

Resolví dirigirme al otro ingeniero, que, por su aparente seriedad estaba obligado a dar otro tipo de respuesta. En efecto, se lo planteé y me respondió que no sabía muy bien como estaba yo cualificado. Que lo miraría y me daría una respuesta. No recuerdo si dejó pasar un mes o dos hasta que me dio la respuesta ascendíendome a oficial de 2ª. Hoy estoy convencido de que en la evaluación de resultados de esos cursos de “Relaciones humanas” que dan las empresas a los mandos intermedios, el primer sobrino habría recibido un diez y el segundo un cero.

El segundo tropiezo fue cuando apareció alguien del Sindicato Vertical y le dijo al dueño que había que elegir enlaces sindicales (no recuerdo el número) y marcaron una fecha para celebrar la consulta. Como todos éramos elegibles, por la antigüedad en la empresa, propusieron que hiciésemos primero una consulta informal entre nosotros para descubrir quien tenía interés y quien no en ser enlace sindical y a partir de ahí confeccionásemos una lista de los que querían ser delegados, para que esos fueran los candidatos a la hora de votar.

Así lo hicimos, y no sé porque razón me animaron a entrar en la lista. Accedí gustosamente y al día siguiente colocamos la lista en el tablón de anuncios que había en el taller. No recuerdo si en ella había 6 u 8 nombres.

Por la tarde, la lista había desaparecido del tablón. Preguntamos al listero, ayudante del encargado y nos dijo que el dueño le había mandado que se le subiese a su despacho. Al día siguiente nos encontramos con otra lista, de puño y letra del dueño, con otros nombres, casualmente los más reconocidos “pelotas” del taller. El listero

nos contó que había roto la nuestra y le había mandado poner esa.

Me asombró ver la reacción de mis compañeros. Esperaba enfados, protestas, comentarios, pero me quedé con las ganas. Alguno refunfuñó de la cacicada, pero en líneas generales no hubo la menor alteración. Yo intenté trabajar el tema con algunos compañeros y nada conseguí. Creo que fue debido a mi peculiar formación, la cuestión es que se me metió en la cabeza que esa tranquilidad significaba que callaban pero no otorgaban y solo irían a votar los que estaban en la lista, a pesar de que se nos había dicho que votar era obligatorio.

Recuerdo haber relatado esta experiencia en mi “Una excursión en la clase obrera” publicado en “Laberinto” hace unos años. Llegó el día y habían instalado la mesa electoral en una oficina que tenía la empresa en una calle lateral. Yo me había desentendido totalmente del tema y me quedé sorprendido cuando, probando un motor en el suelo, vino el encargado, me tocó en la espalda y me dijo: “¡Que pasa contigo, ya han votado todos y en la mesa están esperando por ti!” “Pues por



mí, que levanten la mesa, que yo no voy”, le respondí. “Allá tu,- me respondió - pero te recuerdo que es obligatorio”. Nada sucedió, si no es que me quedé marcado, como es fácil de adivinar. Pero en el ambiente que predominaba en aquella empresa, eso no representaba ningún peligro inmediato. Yo era para los jefes, un poco rebelde y nada más.

Aquella bajada de pantalones de mis compañeros me dejó muy pensativo. ¿Era tan difícil sostener ante todas las instancias que pudieran aparecer que esa no era nuestra lista, como estaba convenido y aceptado por el propio sindicato? ¿Es que acaso nos iban a fusilar por eso? Entonces, y hasta hoy, considero la dignidad, el respeto hacía si mismo como un valor inestimable. El extendido dicho de “dejarse los cojones en la puerta de la fábrica y recogerlos al salir” me ha parecido siempre algo abyecto, más propio de un burro de noria que de un ser humano. Lo comprendí años mas tarde, cuando empecé a leer las obras de Marx y encontré, en los “Manuscritos Económicos y Filosóficos”, el desarrollo del concepto “alienación” en el ámbito específico de las relaciones del trabajador con el

empresario y con el producto de su trabajo. Marx viene a decir lo mismo cuando afirma que el obrero solo se siente libre cuando acaba su jornada de trabajo.<sup>2</sup> Los muchos años de capitalismo han llevado a que toda la sociedad, (incluidos los afectados) a la que se le dice que vivimos en una democracia, lo consideren hoy como una situación normal.

Por mi parte, dada mi peculiar formación, me afectaba el hecho de no poder hablar con nadie de aquellos personajes y situaciones que había conocido durante las lecturas de los libros que me había dejado mi padre aún cuando aparecieran en mi mente en algunos momentos, por la similitud entre lo que estaba viviendo en ese instante y ciertos pasajes de mis libros. Mis compañeros solo se preocupaban por su familia y su situación económica. De ahí para fuera todo lo mas que les interesaban eran los deportes. Yo tenía curiosidad por todo, no me conformaba con saber el hecho sino que me preguntaba también por el porqué del mismo. De alguna forma sentía la falta de personas a mi alrededor que tuviesen las mismas

---

<sup>2</sup> Se siente libre pero no lo es, porque ese tiempo es para recuperarse y estar preparado para la siguiente jornada de trabajo.

inquietudes, y me preguntaba como es que se puede vivir ajeno a la política y al arte en cualquiera de sus manifestaciones.



En 1958 llegó la carta para cumplir el Servicio Militar. No quise utilizar la viudez de mi madre porque eso significaba que podrían alistarme años después, además de que me interesaba conocer la vida militar. Acabado el periodo de instrucción en el Goloso, gracias a un amigo de mi grupo que era hijo de un coronel, me destinaron al Cuartel General de la División Acorazada en Madrid, donde solo iba por las mañanas y podía ir a trabajar por las tardes. No hace falta que pierda mucho tiempo relatando mis vivencias allí. El general era Zamalloa, que tenía la Laureada de San Fernando, y la exhibía en el coche, por su casa y no sé si hasta en los calzoncillos. Había servido muchos años en Marruecos. Rudo y grosero, alardeaba de haber llevado a Franco herido a costas por el desierto. Era de ver las reverencias de todos los oficiales cuando salía del ascensor, después de que con un

timbrado el gastador del portal nos avisaba de su llegada. El grueso de su trabajo consistía en recibir al chorro constante de oficiales de los regimientos de la División que cambiaban de destino, lo que les obligaba a presentarse al general. Como todos saben era la tónica de Franco: Cambiar frecuentemente de destino a los oficiales para que no se creasen camarillas.

Me licenciaron en 1960 y aún aguanté tres años en la empresa. En 1963 encontré por un anuncio una fábrica de máquinas para hacer ladrillos donde me ofrecieron la categoría de oficial de 1ª, con un salario bastante mejor que el que tenía. Además, era para hacer trabajos de mantenimiento, como reparar máquinas, modificar su funcionamiento, etc. Me gustó más que lo que hacía porque, al no estar ligado a lo que es producción, no tenía que rendir cuentas de cómo lo hacía ni del tiempo que empleaba en ello.<sup>3</sup>

---

<sup>3</sup> En todos mis empleos posteriores he trabajado en Mantenimiento, y he tenido encontronazos con los jefes cuando han querido meter prisa o preguntar cuanto tiempo iba a emplear en reparar una avería.

Con esto en la mano, abordé a uno de los dos ingenieros, no recuerdo cual, y le dije que me preparasen la cuenta, que me iba. Este se lo dijo al dueño, que me llamó a su despacho. Tuve que escuchar la letanía de acusaciones que era de esperar: Que la fábrica había sido como una escuela para mí, que ahora que había aprendido me iba, etc. etc. Le respondí que de escuela nada, que lo que yo hacía allí se aprende en tres días. Yo había estado rindiendo como cualquier otro. Al final me ofreció un aumento, pero para recibirlo en un sobre aparte de la nómina y con la condición de que nadie lo supiera. Sin parar mientes en lo que decía le respondí que no, puesto que si el se moría me quedaba sin sobre. Se quedó espantado, pero la lógica de la respuesta le desarmó. Por otra parte, le dije, al no entrar en nómina me afectará en la pensión, cuando llegue y en la categoría profesional.

Aún me llamó por teléfono su mujer al día siguiente, diciéndome que su marido estaba muy afectado, que no podía hacerle eso, etc. Pero mi decisión estaba tomada y me limité a darle un capotazo.

La fábrica estaba cerca de la Plaza Usera. Era una nave industrial en la que el dueño había metido con calzador un puñado de máquinas en un espacio a todas luces insuficiente. Basta con decir que tenía una mandriladora que al trabajar desplazaba un carro con el cabezal por encima de los bancos de trabajo de los mecánicos. Cuando el cabezal iba bajo, estos tenían que estar atentos y agacharse o retirarse para que pasara el carro sin llevárselos por delante. La fábrica era de reciente creación y no había tenido a nadie para hacer mantenimiento de las instalaciones ni las máquinas. Tuve pues trabajo durante unos meses hasta que dejé aquello en condiciones. Pero en aquellos meses hubo hasta tres accidentes graves por trabajar en aquellas condiciones. Cuando el encargado vio que se me había acabado la faena, intentó que trabajase en una taladradora que se usaba para la producción de piezas para las máquinas. Me negué alegando que yo había entrado como electricista de mantenimiento. El dueño intervino para darme la razón, porque además yo hacía, como en la empresa anterior los cuadros eléctricos para las máquinas. Pero eran máquinas muy grandes y pesadas, por lo que yo terminaba mi trabajo en ellas mucho antes de que

estuviesen acabadas. Era eso lo que había animado al encargado a saturar de trabajo mi jornada.

Uno de mis amigos del barrio había emigrado a Brasil y estaba colocado en la General Electric. En sus cartas me animaba a marcharme allí. Se había casado por poderes y su mujer (yo la había conocido en una sala de fiestas y se la había presentado a él) ya se había trasladado allí. La idea me seducía y me decidí a marchar. Estuve pues en esa empresa desde abril de 1963 hasta diciembre del mismo año, cuando, tras hacer todos los trámites en el Dto. De Emigración del Ministerio de Trabajo, embarqué en Barcelona rumbo a Brasil. Una nueva vida que requiere un nuevo capítulo.